

lecciones  
de mayo  
de 1968

PM  
PM  
PM



ernest mandel

PM  
PM  
PM  
PM  
PM  
PM  
NO  
A LA BUREA

PM  
PM  
PM  
PM  
PM  
PM  
N  
AUCRATIE

La marea revolucionaria de mayo de 1968 constituye una enorme reserva de experiencias sociales. El inventario de esas experiencias está lejos de ser completo; lo que ha caracterizado a esa marea es precisamente la irrupción en la escena histórica de la energía creadora de las masas, que ha multiplicado las formas de acción, las iniciativas, las innovaciones audaces de la lucha por el socialismo. Sólo bebiendo en esa reserva, partiendo de esa experiencia, el movimiento obrero y revolucionario podrá armarse eficazmente para llevar a cabo la tarea cuya posibilidad y necesidad, a la vez, ha confirmado el mes de mayo del 68: la victoria de la revolución socialista en los países altamente industrializados de la Europa Occidental.

Desde hace años, se ha venido desarrollando un debate de sumo interés sobre la definición de una nueva estrategia socialista en Europa.<sup>1</sup> Los sucesos de mayo de 1968 han zanjado una serie de cuestiones claves planteadas por ese debate. Y aun han suscitado otras. También han

<sup>1</sup> Toda lista de los artículos y obras que se refieren a ese debate sería forzosamente incompleta. Recordemos simplemente por hacer memoria los artículos aparecidos en *Les Temps Modernes* de agosto-septiembre de 1964 (Mandel, Santi, Poulantzas, Declercq-Guihneuf, Turtino, Ingro, Treintin, Anderson, Topham, Liebman); en la *Revue In-*

obligado, a los que se han suscitado a ese debate, a participar en él a su vez, aunque sólo sea para falsificar los datos del problema. Es necesario, pues, recordar los temas principales de esa discusión y examinarlos a la luz de la experiencia de mayo de 1968.

### *I/ Neocapitalismo y posibilidades objetivas de acciones revolucionarias del proletariado occidental*

Contrariamente a los mitos de la burguesía, recogidos por la socialdemocracia y aun por ciertos autores que se adscriben al marxismo, la crecida revolucionaria de mayo de 1968 ha demostrado que el neocapitalismo es incapaz de atenuar las contradicciones económicas y sociales inherentes al sistema, hasta el punto de hacer imposible toda acción de masas de alcance objetivamente revolucionario.

Las luchas de mayo de 1968 son el resultado directo de las contradicciones del neocapitalismo. Tal irrupción violenta de luchas de masas, una huelga general de

*ternationale du Socialisme*, Nos. 7, 8, 9 y 10, año II (1965) (Prager, Basso, Kerkommer, Therborn, Marchal, J. M. Vincent, Marcuse, Mallet, Mandel, Gorz, Topham); los libros de André Gorz, de Serge Mallet, de Pierre Naville, de Ken Coates, de Livio Maitan, de Jean Dru, el Coloquio del Instituto Gramsci y del CES, etc.

296 diez millones de trabajadores con ocupación de fábricas, la extensión del movimiento a múltiples capas periféricas del proletariado y de las clases medias (tanto "viejas" como "nuevas"), sería incomprensible si no existiera un descontento profundo e irreprimible en los trabajadores, provocado por la realidad cotidiana de la existencia proletaria. Los que se cegaban con la elevación del nivel de vida en el curso de los últimos quince años no comprendían que es precisamente en un período de desarrollo de las fuerzas productivas (de "expansión económica" acelerada) cuando el proletariado adquiere necesidades nuevas y la diferencia entre las necesidades y el poder de compra disponible se ensancha más.<sup>2</sup> No comprendían tampoco que a medida que el nivel de vida, la calificación técnica y de cultura de los trabajadores se eleva, la ausencia de igualdad y libertad sociales en los centros de trabajo, la enajenación acentuada en el seno del proceso de producción deben gravitar con un peso mayor y más insoportable sobre el proletariado.

<sup>2</sup> Los elementos "históricos" incorporados al valor de la fuerza de trabajo —para usar el vocabulario de Marx—, más allá de los elementos puramente fisiológicos, tienden a crecer y por la misma razón los salarios reales, aun cuando están en alza, pueden caer por debajo de este valor.

La capacidad del neocapitalismo de atenuar un poco la amplitud de las fluctuaciones económicas, la ausencia de una crisis económica catastrófica del tipo de la de 1929 ocultaban a muchos observadores su impotencia para evitar los retrocesos. Las contradicciones que minaban la larga fase de expansión que el sistema había conocido en Occidente desde el fin de la segunda guerra mundial (en los Estados Unidos desde el comienzo de ésta); la oposición irreductible entre la necesidad de asegurar la expansión al precio de la inflación y la necesidad de mantener un sistema monetario internacional relativamente estable al precio de una deflación periódica; la evolución cada vez más clara hacia un retroceso generalizado en el mundo occidental: todas esas tendencias inherentes al sistema están entre las causas profundas de la explosión de mayo de 1968. Piénsese en los efectos del "plan de estabilización", en la reaparición del desempleo masivo (sobre todo el desempleo de los jóvenes); piénsese también en los efectos de la crisis estructural sufrida por ciertos sectores (astilleros de Nantes y Saint-Nazaire) por la radicalización de los trabajadores de ciertas regiones.

Es significativo, por otra parte, que la crisis de 1968 no haya tenido lugar en un país de estruc-

turas "envejecidas", donde predomina un "*laissez-faire*" arcaico, sino, al contrario, en el paí-stipo del neocapitalismo, aquel cuyo "Plan" era citado como el ejemplo más logrado del neocapitalismo, el que dispone del sector nacionalizado más dinámico, cuya "independencia" relativa con relación al sector privado aun sugería a algunos su definición "como sector capitalista de Estado". La impotencia de que ese neocapitalismo ha dado pruebas para comprimir a la larga las contradicciones sociales, adquiere una importancia mucho más universal.

El papel de detonador desempeñado por el movimiento estudiantil es producto directo de la incapacidad del neocapitalismo para satisfacer a cualquier nivel las necesidades de la masa de jóvenes atraídos hacia la Universidad, tanto por la elevación del nivel de vida medio como por las necesidades de reproducción ampliada de una mano de obra cada vez más calificada, resultante de la tercera revolución industrial. Esa incapacidad se manifiesta en el nivel de la infraestructura material (edificios, laboratorios, alojamientos, restaurantes, becas, presalario), en el nivel de la estructura autoritaria de la Universidad, en el nivel del contenido de la enseñanza universitaria, en el nivel de la "orientación" laboral de

los universitarios y de aquellos a quienes el sistema obliga a interrumpir antes de tiempo los estudios universitarios. La crisis de la universidad burguesa, que es la causa inmediata de la explosión de mayo de 1968, debe ser comprendida como un aspecto de la crisis del neocapitalismo y de la sociedad burguesa en su conjunto.

Finalmente, la rigidez creciente del sistema, que ha contribuido ampliamente a exacerbar las contradicciones socio-económicas —precisamente en la medida en que las comprimió durante un período relativamente largo —está también directamente vinculada a la evolución de la economía neocapitalista.<sup>3</sup>

Muchas veces hemos subrayado que las tendencias a la programación económica, a la "globalización" de los problemas económicos y de las reivindicaciones sociales, no resultan solamente de diseños específicos de tal o cual fracción de la burguesía, sino de necesidades inherentes a la economía capitalista de nuestra época. La aceleración de la innovación tecnológica y la re-

<sup>3</sup> Se cita a menudo la supresión de las mediaciones entre el poder y el pueblo, provocada por el advenimiento del degaullismo, como una de las causas lejanas de la explosión de mayo. Más allá de ese fenómeno peculiar de Francia, se trata de encontrar rasgos generales propios del neocapitalismo a secas.

ducción del ciclo de reproducción del capital fijo obligan a la gran burguesía a calcular de manera cada vez más precisa, con varios años de antelación, las amortizaciones y las inversiones a efectuar por autofinanciamiento. Quien dice programación de amortizaciones y de inversiones dice programación de costos, luego, igualmente, de los "costos de la mano de obra". He aquí la fuente última de la "política de las rentas", de "la economía concertada" y otras astucias que tienden simplemente a suprimir la posibilidad de modificar por la acción reivindicativa "normal" el reparto de la renta nacional deseado por el gran capital.

Pero esta parálisis creciente del sindicalismo tradicional no suprime el funcionamiento de las leyes del mercado ni el descontento creciente de las masas. A la larga, tiende a hacer más explosivas las luchas obreras, pues el proletariado se esfuerza por ganar en una semana lo que tiene la sensación de haber perdido durante largos años. Las huelgas, aun y sobre todo si se hacen más espaciadas, tienden a ser más violentas y comienzan más como huelgas espontáneas.<sup>4</sup> La úni-

<sup>4</sup> Esto se ha verificado aun en Alemania Occidental en 1967, año señalado por un empuje excepcional de las huelgas espontáneas. La más importante de las huelgas "ofi-

ca posibilidad de que dispone el gran capital para evitar tal evolución, que está cargada de amenazas para él, es pasar abiertamente del Estado fuerte a la dictadura abierta, a la griega o la española. Pero aun en esta eventualidad —irrealizable sin una grave derrota y una grave desmoralización previas de las masas trabajadoras— una comprensión más fuerte de las contradicciones socioeconómicas no puede dejar de reproducir a la larga situaciones todavía más explosivas y más amenazadoras para el capitalismo, como lo demuestra la evolución reciente en España.

## II Tipología de la revolución en un país imperialista

Para saber si una revolución socialista es posible en Europa Occidental, pese a todos los "logros" del neocapitalismo y de la "sociedad de consumo masivo", tanto las críticas de derecha como las de "izquierda" se referían generalmente a los modelos de 1918 (revolución alemana) o de 1944-45 (revolución yugoslava victoriosa, revoluciones francesa e italiana abortadas en condiciones análogas a las de 1918 en Alemania), y aun a la guerrilla. Para unos, en au-

ciales" de ese año, la de los obreros del caucho de la región de Hesse, había comenzado como una huelga espontánea.

sencia definitiva de una catástrofe económica o militar, era perfectamente utópico esperar otra cosa que reacciones reformistas del proletariado; para los otros la posibilidad de nuevos estallidos revolucionarios por parte de los trabajadores estaba vinculada a la reaparición de crisis de tipo catastrófico. En resumen, para unos la revolución había llegado a ser definitivamente imposible; para los otros estaba relegada al momento —ampliamente mítico— de un “nuevo 1929”.

Desde el comienzo de los años 60 hemos tratado de reaccionar contra esas tesis esquemáticas, refiriéndonos a un tipo diferente de revolución posible y probable en Europa Occidental.

Nos permitimos recordar lo que escribíamos a ese respecto a comienzos de 1965:

“Hemos demostrado más arriba que el neocapitalismo no suprime en lo absoluto los motivos de descontento en los trabajadores y que el desencadenamiento de luchas importantes sigue siendo posible, si no inevitable, en nuestra época. ¿Pero pueden esas luchas adoptar una forma revolucionaria en el seno de una “sociedad de bienestar”? ¿No están condenadas a quedar limitadas a objetivos reformistas en tanto se desarrollen en un clima de prosperidad más o menos general...?”

“Para responder a esta objeción es necesario circunscribir de manera más precisa su objeto. Si se quiere decir con esto que no se verán, en el clima económico actual de Europa, repetirse revoluciones como la revolución alemana de 1918 o como la revolución yugoslava de 1941-1945, se expresa evidentemente una perogrullada. Pero esa perogrullada, lo hemos admitido al comienzo, está incluida en nuestra hipótesis liminar. Toda la cuestión está ahí: ¿el derrocamiento del capitalismo no puede operarse sino en formas de ese género, necesariamente limitadas a circunstancias “catastróficas”? No lo creemos. Creemos que hay un “modelo histórico” diferente al cual podemos referirnos: es el de la huelga general de junio de 1936 (y en una medida más modesta la huelga general belga de 1960-1961, que habría podido crear una situación análoga a la de junio de 1936).

“Es completamente posible que en el clima económico general, que es el del “neocapitalismo próspero” o de la “sociedad de consumo masivo”, los trabajadores se radicalicen progresivamente a consecuencia de una sucesión de crisis sociales (tentativas de imponer la política de las rentas o el bloqueo de los salarios), políticas (tentativas de limitar la libertad de acción del

300 movimiento sindical y de imponer un "Estado fuerte"), económicas (retrocesos o bruscas crisis monetarias, etc.) y aun militares (por ejemplo, reacciones muy amplias contra agresiones imperialistas, contra el mantenimiento de la alianza con el imperialismo internacional, contra el empleo de armas nucleares tácticas en las "guerras locales", etc.); que esos mismos trabajadores radicalizados desaten luchas cada vez más amplias en el curso de las cuales comiencen a ligar objetivos del programa de reformas estructurales anticapitalistas con reivindicaciones inmediatas; que esta oleada de lucha desemboque en una huelga general que derribe al gobierno y cree una situación de dualidad de poder".<sup>5</sup>

Nos excusamos por esta larga cita. Esta demuestra en todo caso que el tipo de crisis revolucionaria que ha estallado en mayo del 68 pudo ser previsto a grandes rasgos, que no debía en modo alguno ser considerado como improbable o excepcional y que las organizaciones socialistas y comunistas habrían podido prepararse perfectamente desde hace años para ese tipo de revolución si sus dirigentes lo hubieran querido y hubieran com-

<sup>5</sup> Ernest Mandel, "Una estrategia socialista para Europa Occidental", en *Revue Internationale du Socialisme*, año, II No. 9, pp. 286-87.

prendido las contradicciones fundamentales del neocapitalismo.

Ese tipo de explosión era tanto menos imprevisible cuanto que se había tenido una anticipación de la misma en dos ocasiones: en diciembre de 1960-enero de 1961 en Bélgica y en junio-julio de 1965 en Grecia. Después de los acontecimientos de mayo de 1968 no hay ya duda de que en esta forma —una huelga de masas que desborda los objetivos reivindicativos y los marcos institucionales "normales" de la sociedad y el Estado capitalistas— se producirán las crisis revolucionarias posibles en Occidente (a menos que sobrevenga una modificación radical de la situación económica o una guerra mundial).

En relación con el debate que se ha desarrollado en el movimiento socialista internacional acerca de las grandes líneas de una estrategia anticapitalista en Europa, los acontecimientos de mayo de 1968 aportan, además, algunas precisiones suplementarias que completan el esbozo de tipología de la revolución socialista en Europa Occidental que nosotros habíamos trazado en 1965.

En primer lugar, cuando las contradicciones del neocapitalismo, largo tiempo comprimidas, estallan en acciones masivas de

carácter explosivo, la huelga de masas, la huelga general, tiene tendencia a superar la forma de la "huelga pacífica y tranquila que se desarrolla en una calma perfecta", para combinar formas de acción diversas, entre ellas la ocupación de las fábricas, la aparición de piquetes cada vez más macizos y duros, réplicas inmediatas a toda represión violenta, manifestaciones callejeras que se transforman en escaramuzas y contactos constantes con las fuerzas represivas y hasta la reaparición de las barricadas, merecen una mención especial.

Para velar los orígenes *espontáneos e inevitables* de esta radicalización de las formas de acción y acreditar la odiosa tesis de los "provocadores izquierdistas" que habrían conspirado para crear "incidentes violentos" al servicio del degaullismo,<sup>6</sup> los reformistas y neorreformistas de toda laya se ven obligados a silenciar el hecho de que mani-

<sup>6</sup> Waldeck-Rochet afirma en su informe ante el Comité Central del PCF del 8-9 de julio de 1968 (*L'Humanité*, 10 de julio de 1968) que "la segunda de nuestras tareas es la defensa de las libertades democráticas contra las tendencias autoritarias y fascistas que van a ir fortaleciéndose". ¿Cómo entonces el PCF no ha dicho una palabra para protestar contra la prohibición de las organizaciones de izquierda e incluso le ofreció al gobierno el pretexto para esa prohibición siendo el primero en hablar

festaciones comparables se habían producido ya en el momento de la huelga general belga en 1960-1961 (barricadas callejeras en el Hainaut, ataque a la estación de Guillemins en Lieja), que los jóvenes obreros habían pasado masivamente a la acción en ese sentido durante las huelgas de Mans, Caen, Mulhouse, Besanzón y otros lugares de Francia en 1967, que la radicalización de la juventud obrera estuvo acompañada de la reaparición de formas de acción análogas en Italia (Trieste, Turín) y aun en Alemania Occidental. En resumen, a menos que se adopte la tesis ridícula de Pompidou de una "conspiración internacional", hay que reconocer que el viraje de la lucha de masas ha sido un viraje espontáneo, causado por factores objetivos que hay que poner al desnudo, en vez de incriminar, ya el carácter pequeñoburgués de los estudiantes, ya la "falta de madurez política" de la juventud,

de las "milicias armadas de Geismar"? La historia del movimiento obrero y democrático confirma, sin embargo, que una represión tolerada contra la extrema izquierda se extiende progresivamente a toda la izquierda. Los dirigentes socialdemócratas han podido meditar, en los campos de concentración nazis, acerca de la prudencia política que consistía en aceptar las medidas anticomunistas so pretexto de que "la violencia comunista" provocaría "objetivamente" la represión fascista.



302 ya el papel de los legendarios provocadores.

Ahora bien, no es difícil comprender las razones por las cuales toda radicalización de la lucha de clases debía desembocar rápidamente en la confrontación violenta con las fuerzas represivas. Asistimos en Europa, desde hace dos decenios, a un fortalecimiento continuo del aparato represivo, y disposiciones legales diversas entorpecen la acción huelguística y las manifestaciones obreras. Si, en un período "normal", los trabajadores no tienen la posibilidad de rebelarse contra esas disposiciones represivas, no pasa cuando se trata de una huelga de masas, que los hace bruscamente concientes del inmenso poder que encierra su acción colectiva. Brusca y espontáneamente advierten que "el orden" es un orden burgués que tiende a sofocar la lucha de emancipación del proletariado. Tienen conciencia del hecho de que esa lucha no puede superar un nivel determinado sin chocar cada vez más directamente con los "guardianes" de ese "orden" y que esta lucha de emancipación será eternamente vana si los trabajadores continúan respetando las reglas del juego concebidas por sus enemigos para estrangular su rebelión.

El hecho de que sólo una mayoría de jóvenes trabajadores

hayan sido los protagonistas de esas fuerzas nuevas de lucha en tanto eran embrionarias, el hecho de que es en la juventud obrera donde las barricadas de los estudiantes han provocado más reflejos de identificación, el hecho de que en Flins y en Peugeot-Sochaux eran también jóvenes los que respondían de la manera más neta a las provocaciones de las fuerzas represivas, no invalida nada el análisis que precede. En toda marea revolucionaria es siempre una minoría relativamente reducida la que experimenta nuevas formas de acción radicalizadas. En lugar de ironizar acerca de la "teoría anarquista de las minorías actuantes", los dirigentes del PCF harían mejor leyendo a Lenin a ese respecto.<sup>7</sup> Además, precisamente sobre la juventud gravita menos que sobre las

<sup>7</sup> Lenin, *Obras Escogidas* en dos volúmenes, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú 1946, t. I, p. 542 ("Las enseñanzas de la insurrección de Moscú"): "Las formas esenciales del movimiento de diciembre, en Moscú, han sido la huelga pacífica y las manifestaciones. La inmensa mayoría de los obreros no ha participado activamente sino en esas formas de la lucha. Pero precisamente el movimiento de diciembre, en Moscú, ha mostrado de manera ruidosa que la huelga general, como forma independiente y principal de lucha, ha pasado a la historia; que el movimiento desborda con una fuerza instintiva, irresistible, esos marcos demasiado estrechos, dando nacimiento a la forma superior de la lucha: la insurrección."

generaciones adultas el peso de los fracasos y las decepciones del pasado, el peso de la deformación ideológica que resulta de una propaganda incesante en favor de las "vías pacifistas y parlamentarias".

Los sucesos de mayo de 1968 demuestran igualmente que la idea de un largo período de dualidad de poder, la idea de una conquista y una institucionalización *graduales* del control obrero o de toda reforma estructural anticapitalista, descansa en una concepción ilusoria de la lucha de clases exacerbada en período prerrevolucionario y revolucionario.

Ahora bien, jamás se conmovió el poder de la burguesía por una sucesión de pequeñas conquistas; si no hay cambio brusco y violento de las relaciones de fuerza el capital encuentra y encontrará siempre los medios de integrarlas al funcionamiento del sistema. Y cuando hay cambio radical de las relaciones de fuerza el movimiento de las masas empuja espontáneamente hacia una sacudida fundamental del poder burgués. La dualidad del poder refleja una situación en la cual la conquista del poder es ya objetivamente posible por el debilitamiento de la burguesía, pero donde sólo la falta de preparación política de las masas y la preponderancia de ten-

dencias reformistas y semirreformistas en su seno detienen momentáneamente su acción en un peldaño.

Mayo de 1968 confirma al respecto la ley de todas las revoluciones, a saber: que cuando fuerzas sociales tan grandes están en acción, cuando es tan importante lo que está en juego, cuando el menor error, la menor iniciativa audaz de un lado u otro puede modificar radicalmente el sentido de los acontecimientos en el espacio de unas horas, es completamente ilusorio querer "congelar" ese equilibrio en extremo inestable durante varios años. La burguesía está obligada a tratar de reconquistar casi instantáneamente lo que las masas le arrancan en el terreno del poder. Las masas, si no ceden ante el adversario, están obligadas casi instantáneamente a ampliar sus conquistas. Ha sido así en todas las revoluciones; será así también mañana.\*

\* Desde el comienzo de la ocupación de empresas las fuerzas represivas trataron de recuperar algunos puntos estratégicos ocupados por los huelguistas, como el centro de telecomunicaciones. Un movimiento obrero al que los acontecimientos no hubieran cogido desprevenido habría sabido defender esas posiciones claves conquistadas sin tirar un tiro y partir de esas provocaciones del poder para hacer aceptar progresivamente por las masas la idea del armamento defensivo de los

Toda la debilidad y toda la impotencia de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero enfrentadas a los problemas planteados por las posibles mareas revolucionarias en Europa Occidental se revelan en la manera con que Waldeck-Rochet, secretario general del PCF, resume el dilema en que, según él, se encontraba el proletariado francés en mayo de 1968:

“En realidad, la opción era en mayo la siguiente:

—Bien actuar de manera que la huelga permitiera satisfacer las reivindicaciones esenciales de los trabajadores y continuar, al mismo tiempo, en el plano político, la acción con miras a cambios democráticos necesarios en el marco de la legalidad. Esa era la posición de nuestro partido.

—O bien lanzarse abiertamente a la prueba de fuerza, es decir, ir a la insurrección, incluso recurriendo a la lucha armada con miras a derribar el poder por la fuerza. Esa era la posición aventurerista de ciertos grupos ultraizquierdistas.

“Pero como las fuerzas militares y represivas se hallaban al

piquetes de huelga. El “miedo a la guerra civil” habría sido reemplazado por la voluntad de autodefensa.

lado del poder establecido<sup>9</sup> y la inmensa masa del pueblo era absolutamente hostil a semejante aventura, es evidente que tomar ese camino era simplemente conducir a los trabajadores a la matanza y querer el aplastamiento de la clase obrera y de su vanguardia: el partido comunista.

“¡Pues no! No hemos caído en la trampa. Pues éste era el verdadero plan del poder de gaulista.

<sup>9</sup> Se admirará el valor de este argumento. Sin duda el género de “revolución pacífica” que espera la dirección del PCF es una revolución en que, desde el comienzo, “las fuerzas militares y represivas” se habrían evaporado como por encanto o... se habrían hallado al lado del pueblo. Se espera con impaciencia la revolución por Waldeck-Rochet de esa transustanciación milagrosa de un ejército burgués y una fuerza de represión en nada o en “arma del pueblo”, sin lucha previa, por medios necesariamente revolucionarios, para la desintegración de ese ejército. Cf. Lenin: “Es imposible, al parecer, luchar contra un ejército moderno; es necesario que el ejército se haga revolucionario. Ciertamente si la revolución no gana a las masas y el ejército mismo ni siquiera podría tratar de una lucha seria. Pero no hay que imaginarse este viraje de la tropa como un acto simple y aislado, resultante de la persuasión, por un lado, y del despertar de la conciencia, por el otro. La insurrección de Moscú muestra hasta la evidencia lo que esta concepción tiene de rutinaria y estéril. En realidad, la indecisión de la tropa, inevitable en todo movimiento verdaderamente popular, conduce, cuando la lucha revolucionaria se acentúa, a una verdadera lucha por la conquista del ejército. La insu-

"En efecto, el cálculo del poder era simple: frente a una crisis que él mismo había provocado con su política antisocial y antidemocrática, pensó utilizar esa crisis para asestar un golpe decisivo y duradero a la clase obrera, a nuestro partido, a todo movimiento democrático"<sup>10</sup>

En otros términos: bien había que limitar los objetivos de la huelga general de diez millones de trabajadores<sup>11</sup> a reivindicaciones inmediatas, es decir, a una fracción solamente del programa mínimo, o bien había que lanzarse enseguida a la insurrección armada para la con-

rección de Moscú nos muestra precisamente la lucha más implacable, la más furiosa, de la reacción y la revolución por conquistar el ejército" (op. cit., pp. 545-546).

<sup>10</sup> L'Humanité, 10 de julio de 1968.

<sup>11</sup> Es significativo a ese respecto que la dirección de la CGT no haya proclamado jamás la huelga general, conformándose con afirmar que ésta "era un hecho". En realidad, la proclamación de la huelga general implicaba la formulación de objetivos que desbordaban los de una lucha reivindicativa, e implicaba (en la tradición leninista) que se reconociera que la cuestión del poder estaba planteada. En 1960-61, en Bélgica, enfrentado a una huelga que, no obstante, era mucho menos dura que la de Francia, en mayo de 1968 y sin ocupación de fábricas, el PC criticaba a la dirección sindical socialdemócrata porque ésta no había proclamado la huelga general. Es que en Bélgica el PC no es más que una minoría bastante reducida en el seno del movimiento sindical.

quista revolucionaria del poder. Una cosa o la otra, el mínimo o el máximo. Puesto que no se estaba listo para la insurrección inmediata, había que ir hacia nuevos acuerdos Matignon. Es tanto como decir que, puesto que no se estará *nunca* listo para una insurrección inmediata al comienzo de una huelga general —sobre todo si se continúa educando a las masas y, a su propio partido en el "respeto a la legalidad"—, *nunca* se conducirán otras luchas que las basadas en reivindicaciones inmediatas...

¿Se puede imaginar una actitud más alejada del marxismo, sin siquiera mencionar el leninismo?

Cuando el poder de la burguesía es estable y fuerte sería absurdo lanzarse a una acción revolucionaria que apuntara al derrocamiento inmediato del capital; al hacerlo se marcharía a una derrota cierta. ¿Pero cómo se pasará de ese poder fuerte y estable a un poder debilitado, conmovido, desintegrado? ¿Por un salto milagroso? ¿Una modificación radical de las relaciones de fuerza no exige choques decisivos? ¿Esos choques no abren un proceso de debilitamiento progresivo de la burguesía? ¿El poder elemental de un partido que se dice de la clase obrera —y aun de la revolución socialista— no es impulsar al

máximo ese proceso? ¿Se puede hacer esto excluyendo de oficio toda lucha que no sea la de las reivindicaciones inmediatas... en tanto la situación no está madura para la insurrección armada inmediata, con victoria garantizada por factura?

¿Una huelga de diez millones de trabajadores con ocupación de fábricas no representa un debilitamiento considerable del poder del capital? ¿No hay que concentrar todos los esfuerzos en la tentativa de ensanchar la brecha, de hacer prendas, de obrar de manera que el capital ya no pueda restablecer rápidamente la relación de fuerzas en su favor? ¿Hay otro medio de llegar a ello que no sea el de arrancarle al capital poderes de hecho en la fábrica, en los barrios, en la calle, es decir, pasando de la lucha por las reivindicaciones inmediatas a la lucha por las reformas estructurales anticapitalistas, por las reindicaciones transitorias?

¿Al abstenerse deliberadamente de luchar por tales objetivos, al encerrarse deliberadamente en luchas por las reivindicaciones inmediatas, no se crean todas las condiciones propicias para un restablecimiento de las relaciones de fuerza en favor de la burguesía, para una nueva y brusca inversión de tendencias?

Toda la historia del capitalismo da testimonio de su capacidad para ceder en las reivindicaciones materiales cuando su poder está amenazado. Sabe muy bien que, si conserva su poder, podrá recobrar en parte lo que ha dado (con el alza de los precios, el fisco, la desocupación, etc.) y en parte digerirlo con el incremento de la productividad. Además, toda burguesía enervada y espantada por una huelga de amplitud excepcional, pero que conserve su poder estatal, tenderá a pasar a la contraofensiva y la represión en cuanto, que el movimiento de masa refluye.

La historia del movimiento obrero lo demuestra: un partido encerrado en ese dilema de Waldeck-Rochet no hará jamás la revolución y marchará seguramente a la derrota.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Waldeck-Rochet afirma también: "La condición del éxito de la vía pacífica es que la clase obrera, gracias a una justa política de alianza, llegue a reunir, en la lucha por el socialismo, una superioridad de fuerzas tal que la gran burguesía, aislada, no esté ya en condiciones de recurrir a la guerra civil contra el pueblo". Todo el cretinismo reformista estalla en esas palabras: la "superioridad de las fuerzas" no se mide ya por la amplitud de la movilización, la iniciativa, la audacia, la energía del proletariado, sino exclusivamente por la desaparición de la voluntad de resistencia del adversario. Mientras la burguesía sea capaz de "recurrir a la guerra civil", más vale apartarse. Con tal estado de ánimo ni la revolución rusa, ni la revolu-

Al negarse a *comprometerse en el proceso* que conduce de la lucha por las reivindicaciones inmediatas a la lucha por el poder, a través de la lucha por las reivindicaciones transitorias y la creación de órganos de dualidad del poder, los reformistas y neorreformistas se han condenado siempre a considerar toda acción revolucionaria como una "provocación" que debilita a las masas y "fortalece a la reacción". Ese fue el cantar de la socialdemocracia alemana en 1919, en 1920, en 1923 y en 1930-1933. Es culpa de los "aventureros izquierdistas, anarquistas, puschistas, espartaquistas, bolcheviques" (en esa época no se decía todavía trotskistas) que la burguesía haya tenido la mayoría en la Asamblea Constituyente de Weimar, pues sus "acciones violentas" habían "espan-tado al pueblo", gimieron los Scheidemann en 1919. Culpa es de los comunistas que el nazismo haya podido fortalecerse, pues la amenaza de la revolu-

ción hace inclinarse a las clases medias hacia el campo de la contrarrevolución, repitieron en 1930-1933.

Es significativo que aun el Kautsky de 1918 comprendiera todavía que, enfrentado a poderosas huelgas de masas, el movimiento obrero no podía limitarse a formas de acción y organización tradicionales (sindicatos y elecciones), sino que debía pasar a formas de organización superiores, es decir, a la constitución de comités elegidos por los trabajadores, de tipo soviético. Lenin no por ello había fustigado menos las vacilaciones, la contradicciones y el eclecticismo del Kautsky de 1918. Que hubiera opuesto a la argumentación de Waldeck-Rochet, quien dice: "puesto que no estamos listos para organizar inmediatamente la insurrección armada victoriosa, más vale no espantar a la burguesía y limitarse a reclamar aumentos de salario y aceptar las elecciones en el momento en que Francia cuenta con el mayor número de huelguistas de su historia, en que los obreros ocupan las fábricas, en que el sindicato de la policía anuncia que no realizará represiones, en que el Banco de Francia no puede imprimir ya billetes de banco por falta de obreros dispuestos a trabajar, en que —la señal más segura de la conmoción del poder bur-

ción yugoslava, ni la revolución china, sin hablar de la revolución cubana o de la revolución vietnamita, habrían sido jamás emprendidas. Dicho sea de paso, tal timidez de espíritu es el mejor estímulo que puede tener la burguesía para desatar una guerra civil. La socialdemocracia se retiró ante Hitler con argumentos del mismo género; en Grecia la misma mentalidad permitió a los coroneles tomar el poder sin chocar con una resistencia seria.

308 gués— capas tan periféricas como los arquitectos, los ciclistas, los asistentes de hospitales y los notarios comienzan a 'impugnar' el régimen".

La discusión sobre el "vacío de poder", planteada de esa manera metafísica, no tiene solución evidentemente. Pero Waldeck-Rochet, que apadrina la tesis degaullista del "complot" (¡en su versión son los degaullistas los autores del mismo!) y que reemplaza así el análisis de la lucha de clases por el recurso a la demonología, debía recordar que el poder que, al parecer, quería a toda costa llevar a la clase obrera a la "trampa" de la "prueba de fuerza", hizo esfuerzos para tratar con los dirigentes sindicales y negociar el cese de la huelga a cambio de concesiones materiales muy sustanciales.

Si verdaderamente la intención del degaullismo había sido la de provocar una prueba de fuerza, su vía de acción estaba completamente trazada: rechazar el diálogo con los sindicatos durante el tiempo que las fábricas estuvieran ocupadas. La prueba de fuerza se habría hecho inevitable en el espacio de unas semanas. Sin embargo, se cuidó muy bien de tal locura, y no sin razón. Había hecho un cálculo más correcto de la relación de fuerzas, y de su constante deterioro desde el punto

de vista de la burguesía, que el que Waldeck-Rochet ofrece hoy. Es decir que buscaba no la prueba de fuerza, sino el fin de la huelga tan pronto como fuera posible y a cualquier precio. Es decir que toda la tesis de la "trampa" no es más que un mito cuyo fin es desviar la atención de los verdaderos problemas<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> Cuando De Gaulle invierte la situación el 30 de mayo, porque los dirigentes del movimiento obrero aceptaron el repliegue hacia las "vías parlamentarias", pudo evidentemente endurecer la presión de las fuerzas represivas. Pero aun entonces los casos de Flins y Sochaux demostraron cuáles eran las posibilidades de réplica obrera. El "espectro de la guerra civil" es utilizado por el régimen, así como por la dirección del PCF, para velar la situación real y sus posibilidades: la de la dinámica de una política de autodefensa popular. Fuerzas de represión extenuada por combates incesantes contra los estudiantes, que comenzaron a extenderse a un número creciente de ciudades; vacilaciones del régimen para movilizar al ejército estacionado en Francia (consignado durante las semanas decisivas); posibilidad de transformar varios centenares de empresas en bastiones de resistencia a los CRS y protección a los manifestantes, he aquí los datos del problema. ¿Cuáles hubieran podido ser, en esas condiciones concretas, las posibilidades y los objetivos de una intervención de los paracaidistas en plena huelga general y ante un proletariado que tenía en la mano la prenda suprema, todo el aparato productivo del país? La experiencia de julio de 1936 en España, cuando una intervención del ejército fue quebrada en el espacio de unos días, en casi todos los centros proletarios, por trabajadores decididos, está llena de enseñanzas. La Francia de 1968 está lejos de contar con regiones retardatarias, ba-

Si se trata, por lo demás, de algún "plan" de De Gaulle, el del 30 de mayo es luminoso; detener cuanto antes las huelgas y luego ir a las elecciones. ¿Cuál ha sido la reacción de la dirección del PCF? ¿No cayó ciegamente en esa "trampa" hasta el punto de reprochar a los huelguistas el "ayudar al régimen a evitar las elecciones"? ¿Y cuál ha sido el resultado?

Por esa razón toda la casuística desarrollada para saber si el poder estaba verdaderamente vacante en mayo y si De Gaulle había alguna vez "manifestado su intención de retirarse y dejar el puesto" deriva de los mismos métodos de pensamiento que sustituyen por la referencia al complot, al ardid y los "provocadores" un análisis serio de las fuerzas sociales en presencia y de la dinámica de sus relaciones recíprocas.

El "vacío de poder" no es un regalo que se reciba ya hecho, de la historia; esperarla pasivamente o por medio de campañas electorales significa resig-

ses de repliegue para el fascismo, con que contaba todavía la España en 1936. La Europa de 1968 no tiene nada en común con la Europa de 1936. Las clases medias francesas no estaban dispuestas a aceptar una dictadura sangrienta. ¿Se cree que De Gaulle no ha hecho todos esos cálculos y que se habría atrevido a formular sus amenazas si no hubiera estado convencido de que sus adversarios retrocederían en lugar de replicarle?

narse a no hacer jamás el experimento. El "vacío de poder" no es más que el punto final de todo un proceso de deterioro de la relación de fuerzas para la clase dominante. Ni siquiera Kerenski manifestaba ninguna "intención de retirarse y dejar el puesto" unas horas antes de la insurrección de Octubre. Lo esencial no es engolfarse en debates escolásticos sobre la definición de un real "vacío de poder". Lo esencial es intervenir en la lucha de las masas para acelerar sin cesar ese deterioro de la relación de fuerzas para el capital. Además de la estrategia que apunta a arrancar a la burguesía los poderes de hecho, la propaganda incansable por la revolución, aun si las condiciones para ésta no están todavía "completamente" maduras, constituye una condición necesaria<sup>14</sup>.

El problema estratégico central es, pues, sin duda romper el di-

<sup>14</sup> "Kautsky no comprende absolutamente nada la verdad de que lo que distingue al marxista revolucionario del vulgar y del pequeño burgués es que sabe predicar a las masas ignorantes la necesidad de la revolución que madura, demostrar su advenimiento ineluctable, explicar su utilidad para el pueblo y preparar para ello al proletariado y a todas las masas trabajadoras y explotadas" (Lenin: "La revolución proletaria y el renegado Kautsky", Obras Escogidas en dos volúmenes, tomo II, Moscú 1947, Ediciones en Lenguas Extranjeras, p. 484).



310 lema: "bien huelga puramente reivindicativas, seguidas de elecciones (es decir, *business as usual*), o bien la insurrección armada inmediata y a condición de que la victoria esté garantizada de antemano". Hay que comprender que huelgas generales como la de diciembre de 1960 —enero de 1961 en Bélgica y la de mayo de 1968— sobre todo si en vinculación con ellas aparecen nuevas formas de combate radicales de masa— pueden y deben desembocar en más que aumentos de salario, aun si los preparativos para una insurrección armada no están a punto. Pueden y deben desembocar en la conquista por las masas de poderes de hecho nuevos, de poderes de control y de veto que creen una dualidad de poder, eleven la lucha de clases a su nivel más alto y más exacerbado y hagan madurar así las condiciones de una toma revolucionaria del poder.

#### IV / *Espontaneidad de las masas, dualidad de poder y organización revolucionaria*

Admitamos que los estudiantes tenían realmente intenciones revolucionarias en mayo de 1968; ¿pero la inmensa mayoría de los trabajadores no se limitó a aceptar el carácter reivindicativo que los dirigentes sindicales le habían dado a la huelga? Así, el señor Duverger,

Jean Dru y otros se hacen eco del análisis del PCF.

Es muy difícil saber lo que la masa de trabajadores pensaba realmente durante las jornadas de mayo; en efecto, no se le concedió la palabra. Era fácil, sin embargo, descubrir sus preocupaciones si se hubiera tenido realmente el deseo de conocerlas. Habría bastado reunir a los trabajadores en asambleas generales en las empresas, concederles las palabras, decidir que las fábricas fueran ocupadas por toda la masa obrera, hacer reinar allí la democracia obrera más amplia, reunirlos a cada giro de la huelga: en resumen, crear en el marco de esta huelga general ese tipo de comités de huelga electos con delegados revocables en cada instante; ese tipo de discusión y debate permanente bajo el ojo crítico de las masas, que es el de los soviets, preconizados para tales huelgas no solamente por Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo, sino aun por el Kautsky de 1918. Los dirigentes oficiales del movimiento obrero francés están mucho más acá de ese Kautsky.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Lenin, *ibidem*, p. 452, citando a Kautsky, que escribía: "Contra las fuerzas colosales de que dispone el capital financiero en el campo de la economía y la política, los antiguos métodos de lucha económica y política del proletariado se muestran en todas partes insufi-

El hecho de que los dirigentes sindicales se hayan esforzado por evitar a toda costa esas ocupaciones masivas y esas confrontaciones de ideas, que hayan querido por todos los medios cerrar el acceso a las fábricas a los portavoces revolucionarios de los estudiantes indica que no estaban tan seguros de las reacciones de los trabajadores. El hecho de que los trabajadores convocados para ratificar el "protocolo de Grenelle" lo hayan rechazado por mayoría aplastante constituye otro indicio de la voluntad instintiva de las masas de superar la fase de un movimiento puramente reivindicativo.

Se puede, por otra parte, plantear esta pregunta: si todo lo que los trabajadores deseaban era verdaderamente un aumento importante de los salarios, ¿por qué han tomado espontáneamente la vía de la ocupación de fábricas? Los trabajadores franceses han organizado numerosos movimientos por aumentos de salario en el curso de los últimos veinte años. Jamás esos movimientos han tenido una amplitud comparable a la de mayo de 1968; jamás las

cientes... La organización soviética es uno de los fenómenos más importantes de nuestra época. Promete adquirir una importancia primordial en las grandes batallas decisivas futuras entre el capital y el trabajo".

formas de acción se han aproximado a las de mayo de 1968. Al ocupar las fábricas, al lanzarse a las calles por decenas y algunas veces por centenares de miles, al izar banderas rojas en las empresas, al hacer crepitar en todas partes lemas como "Diez años son bastantes", "las fábricas para los obreros", "poder obrero", "el poder para los trabajadores", la masa de huelguistas expresaba aspiraciones que superaban con mucho las reivindicaciones puramente salariales<sup>16</sup>.

Pero hay una prueba mucho más convincente todavía en el hecho de que los trabajadores querían también ir más allá de una simple campaña rutinaria "por salarios y buenas elecciones". Su comportamiento dondequiera que tuvieron la ocasión de expresarse libremente, donde la pantalla burocrática se había resquebrajado y caído, donde se habían producido ocupaciones masivas de las fábricas, donde se pudieron desarrollar iniciativas a partir de la masa. Se está lejos de haber he-

<sup>16</sup> Citamos de nuevo a Lenin: "¡Y qué vergüenza para la socialdemocracia serán esos discursos sobre la conspiración (¡cf. "la aventura izquierdista", E.M.!) en ocasión de un movimiento popular de la amplitud de la insurrección de diciembre en Moscú!" (Lenin: "Informe sobre el congreso de unificación del POSDR", junio de 1906, en W. I. Lenin, *Werke*, Band X, p. 369, Dietz-Verlag, Berlin, 1958).

312 cho el inventario completo de esas experiencias, pero la lista es ya impresionante:

—en la fábrica CSF los trabajadores decidieron continuar la fabricación, pero produjeron lo que ellos estimaron importante, principalmente “walkies-talkies”, que ayudaban a los huelguistas y manifestantes a defenderse contra la represión;

—en Nantes el comité de huelga trataba de controlar la circulación de entrada y salida de la ciudad, distribuyendo permisos para circular y bloqueando con barricadas el acceso a la ciudad. Por otra parte, al parecer ese mismo comité llegó a emitir bonos de crédito aceptados como moneda por ciertos comerciantes y agricultores;

—en Caen, el comité de huelga prohibió todo acceso a la ciudad durante 24 horas;

—en las fábricas Rhone-Poulenc; en Vitry, los huelguistas decidieron establecer relaciones de intercambio directas con agricultores, trataron de extender el experimento a otras empresas y discutieron sobre el tránsito a la “huelga activa” (es decir, a la reanudación del trabajo por su propia cuenta y según sus propios planes), mientras llegaban a la conclusión de que era preferible aplazar este experimento hasta el momento en que varias empresas les si-

guieron por el mismo camino<sup>17</sup>;

—en las fábricas de cemento de Mureaux los obreros votaron en asamblea general la revocación del director. Se negaron a aceptar la proposición patronal de recomenzar la votación. El director en cuestión fue remitido desde entonces a una sucursal de esas fábricas, donde, por solidaridad con los muchachos de Mureaux, los obreros declararon inmeditamente una huelga, la primera en la historia de esa empresa;

—en las pilas Wonder, en Saint-Ouen, los huelguistas eligieron un comité de huelga en asamblea general y para manifestar su reprobación a la orientación reformista de la CGT, se atrincheraron en la fábrica y prohibieron el acceso a los responsables sindicales;

---

17 Señalemos que los mismos obreros hicieron espontáneamente contacto con diversas fábricas químicas de Europa Occidental, dando pruebas de más espíritu de iniciativa y más “conciencia europea” que todas las direcciones sindicales europeas juntas. La FIOM-CISL (Federación Internacional de Obreros Metalúrgicos, parte de la Confederación Internacional de Sindicatos Libres, a la cual se adhieren el DGB alemán y la FGTB belga, las Trade-Unions británicas, principalmente), que celebraba su congreso en el momento de los acontecimientos de mayo, no llevó su solidaridad a un nivel más elevado que el de conceder un apoyo de... 10,000 dólares a los huelguistas (0.1 centavo por huelguista).

—en Saclay los trabajadores del centro de energía nuclear requisaron el material de la fábrica para continuar la huelga;

—en los astilleros de Rouen los trabajadores tomaron bajo su protección a jóvenes que vendían literatura revolucionaria y prohibieron el acceso a la fábrica a los CRS que los perseguían y trataban de arrestarlos;

—en varias imprentas parisiñas los trabajadores o bien impusieron la modificación de un cintillo (*Le Figaro*), o bien se negaron a imprimir un periódico (*La Nation*), cuando el contenido resultaba directamente dañino para la huelga;

—en París el CLEOP (Comité de Enlace de Estudiantes-Obreros-Campesinos) organizó convoyes de aprovisionamiento abastecidos por las cooperativas agrícolas que distribuyeron los productos en las fábricas o se los vendieron a precio de costo (pollos a ochenta céntimos, huevos a once céntimos, por ejemplo); Serge Mallet señala acciones del mismo género en el oeste de Francia;

—en la casa Peugeot, en Sochaux, los trabajadores construyeron barricadas contra la intrusión de los CRS y arrojaron victoriosamente a éstos de la fábrica;

—en las fábricas Citroen, en París, se hizo una primera tentativa, modesta y embrionaria, para requisar camiones con miras a aprovisionar a los huelguistas;

—el caso quizá más elocuente es el de los Astilleros del Atlántico, en Saint-Nazaire, donde los trabajadores ocuparon la empresa negándose durante diez días a redactar un cuaderno de reivindicaciones inmediatas pese a la presión constante del aparato sindical<sup>18</sup>.

Cuando se complete esta lista, ¿cómo se podrá discutir que expresa la tendencia espontánea de la clase obrera a tomar en sus manos su propia suerte y a reorganizar la sociedad según sus convicciones y su ideal? ¿Son ésas manifestaciones de una huelga puramente reivindicativa, de una huelga "cualquiera" o de una huelga cuya amplitud y cuya lógica empujaban a las masas mismas a desbordar las reivindicaciones inmediatas?<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> Para la fuente de esas diversas informaciones ver principalmente *Le Monde*, 29 de mayo de 1968; *Le Figaro*, 30 de mayo de 1968; *La Nouvelle Avant-Garde*, junio de 1968; *Le Nouvel Observateur*, 19 de junio y 15 de julio de 1968; "Mayo de 1968, primera fase de la revolución socialista francesa", número especial de la revista *Quatrième Internationale*, mayo-junio 1968, etc.

<sup>19</sup> Waldeck-Rochet cita a Lenin: "Decir que toda huelga es un paso hacia la revolución socialista es una frase absolutamente en el aire". Uno queda confundido ante la enor-

**314** Han opuesto a este análisis el resultado de las elecciones legislativas y el empuje degaullista que refleja. Pero se trata de análisis fuertemente teñidos de cretinismo parlamentario, de ignorancia fingida de lo que representan las elecciones en la democracia *burguesa*:

En la primera vuelta la izquierda obtuvo el 41% de los votos y los degaullistas el 44%. Pero si se tiene en cuenta el gran número de trabajadores que esta vez se abstuvieron por disgusto ante la política de las grandes organizaciones obreras, pero que no por ello están menos disponibles para la acción; si se tienen en cuenta los cientos de miles de jóvenes que eran la vanguardia del movimiento de mayo de 1968, pero que están privados del derecho al voto por un sistema electoral antidemocrático —y por la negativa a poner al día las listas electorales, negativa que privó de su derecho al voto a los que acababan de llegar a la mayoría de edad—, se puede presumir sin exagerar que aun después de la

mididad del sofisma. ¿Waldeck-Rochet quiere insinuar que Lenin a escrito: 'Decir que una huelga de diez millones de trabajadores con ocupación de fábricas es un paso hacia la revolución socialista es una frase absolutamente en el aire'? ¿El mismo Lenin, que ha escrito que una huelga general plantea la cuestión del poder, la cuestión de la insurrección?

inmensa decepción del 30 de mayo las fuerzas de la izquierda y el degaullismo se equilibraban en el seno del pueblo francés.

Ahora bien, este equilibrio sucedía a una maniobra victoriosa del degaullismo y a un lamentable fracaso táctico de la izquierda, que había aceptado las reglas del juego prescritas por el enemigo de clase: detener la huelga sobre una base puramente reivindicativa, aceptar de hecho la represión contra la extrema izquierda, remitirse a las elecciones para transar las cuestiones vitales suscitadas por mayo de 1968. ¿Se puede dudar un solo instante de que, si la iniciativa hubiera permanecido del lado de la izquierda, si ésta hubiera podido hacer fructificar el enorme capital de combatividad, entusiasmo y generosidad acumulado durante las cuatro semanas de mayo para imponer el control obrero, comités de fábrica y de barrio democráticamente elegidos, local y regionalmente federados y confederados en escala nacional, piquetes de huelga armados, imprentas puestas a disposición del pueblo, además de la satisfacción de las reivindicaciones inmediatas, en ese caso, el 45% de la nación francesa que la izquierda representa pese a todo, en la noche del 23 de junio, se habría

convertido en el espacio de unos días en más del 50%?

Pues toda la historia contemporánea lo atestigua: si el "miedo a la guerra civil" es un móvil de opción política para las clases medias y las "capas flotantes de electores", la inclinación a pasarse al campo del más fuerte, la tentación de subir al carro en marcha hacia la victoria, el atractivo de la iniciativa más resuelta y más enérgica pesan en la balanza con un peso decisivo de otra manera<sup>20</sup>. En ese sentido, De Gaulle había ganado la batalla desde la noche del 30 de mayo, mucho menos al reunir el "partido del miedo" que al ganar la delantera a sus adversarios políticos marcados por la vacilación, la rutina, el inmovilismo y el espíritu de capitulación.

<sup>20</sup> Los representantes de la II Internacional y de los socialdemócratas olvidan que la dominación de los partidos burgueses se funda en gran parte en el engaño, con el cual inducen a error a amplias capas de la población: en la presión del capital. Además, se auto-engañan acerca de la naturaleza del capitalismo... 'Cuando la mayoría de la población pueda pronunciarse en favor del partido del proletariado, en las condiciones del mantenimiento de la propiedad privada, es decir, en el mantenimiento de la dominación y la presión del capital, solamente entonces ese partido puede y debe tomar el poder': he aquí el lenguaje de los demócratas pequeño-burgueses, verdaderos lacayos de la burguesía que se llaman 'socialistas'.

"Cuando el proletariado revolucionario pueda derribar primero a

A menudo se ha objetado a la estrategia de las reformas estructurales anticapitalistas, a la estrategia del programa de transición que preconizamos, que no es eficaz si no es aplicada por las grandes organizaciones obreras, sindicales y políticas mismas. Sin el dique que sólo esas organizaciones son capaces de erigir contra la infiltración permanente de la ideología burguesa y pequeño-burguesa en el seno de la clase obrera, ésta estaría actualmente condenada a atenerse a las luchas reivindicativas. La experiencia de mayo de 1968 ha invalidado totalmente ese diagnóstico pesimista.

Cierto que la existencia de sindicatos y partidos de masa no integrados al régimen capitalista, que educan sin cesar a los trabajadores en un espíritu de desafío y rechazo global respecto a ese régimen, sería una ventaja importante para acelerar la madurez de la conciencia de

la burguesía, romper la presión del capital, destruir el aparato estatal burgués, entonces el proletariado victorioso se asegurará rápidamente la simpatía y el apoyo de la mayoría de las masas laboriosas no proletarias, dando satisfacción a esas masas a expensas de los explotadores: he aquí lo que nosotros respondemos." (Lenin: "Las elecciones a la Constituyente y la dictadura del proletariado", 16 de diciembre de 1919, en *Die Kommunistische Internationale*, No. 7-8, noviembre-diciembre de 1919, pp. 21-22).

316 clase revolucionaria en el seno de los trabajadores, aun cuando esos sindicatos y partidos no sean instrumentos adecuados para la conquista del poder. Pero la experiencia de mayo de 1968 ha demostrado que en ausencia de una vanguardia revolucionaria de masa, esta toma de conciencia acaba por hacer irrupción de todos modos en el seno del proletariado, porque está alimentada por toda la experiencia práctica de las contradicciones neocapitalistas que los trabajadores acumulan cotidianamente a lo largo de los años.

La espontaneidad es la forma embrionaria de la organización, decía Lenin. La experiencia de mayo de 1968 permite precisar la actualidad de ese pensamiento de dos maneras. La espontaneidad obrera no es jamás una espontaneidad pura; en el seno de las empresas actúan los fermentos de grupos de vanguardia —algunas veces sólo un militante revolucionario avezado— cuya tenacidad y paciencia son recompensadas precisamente en esos momentos de fiebre social llevada al paroxismo. La espontaneidad obrera desemboca en la organización de una vanguardia más amplia, porque en el espacio de unas semanas millares de trabajadores han comprendido la posibilidad de la revolución socialista en Fran-

cia. Han comprendido que deben organizarse con este fin y tejen con mil hilos los lazos con los estudiantes, los intelectuales, los grupos revolucionarios de vanguardia, que dan poco a poco su forma al futuro partido revolucionario de masa del proletariado francés, del que la JCR aparece desde ahora como el núcleo más sólido y más dinámico.

No somos admiradores beatos de la espontaneidad obrera pura y simple. Aun si ésta es forzosamente revalorizada ante el conservatismo de los aparatos burocráticos<sup>21</sup>, tropieza con límites manifiestos ante un aparato estatal y una máquina de represión altamente especializados y centralizados. En ninguna parte la clase obrera ha derribado espontáneamente el régimen capitalista y el Estado

<sup>21</sup> No podemos analizar aquí las raíces materiales y sociales del conservatismo de los PC de masa en Francia y en Italia. Esas raíces son parcialmente idénticas a las de la socialdemocracia reformista clásica, parcialmente diferentes. Bastará, sin embargo, una observación en el plano "ideológico": no se puede impunemente educar a un aparato durante más de dos decenios en el espíritu de la "democracia nueva" y de las "vías pacíficas y parlamentarias hacia el socialismo" sin que ese aparato no caiga enteramente en el desconcierto y quede desarmado cuando tiene que vérselas con un amplio movimiento de masas que rompe el collar de la "legalidad" y del parlamento burgués.

burgués en un territorio nacional; no lo hará sin duda jamás. Aun la extensión de órganos de dualidad de poner en todo un país de las dimensiones de Francia es, si no imposible, al menos mucho más difícil por la ausencia de una vanguardia ya suficientemente instalada en las empresas para poder generalizar rápidamente las iniciativas de los trabajadores de algunas fábricas-piloto.

Además, no hay ninguna ventaja en exagerar la amplitud de la iniciativa espontánea de las masas trabajadoras en mayo de 1968. Esta estaba presente en todas partes *en potencia*; no ha llegado a ser real sino en cierto número de casos extremos, tanto en el nivel del desencadenamiento de las ocupaciones de fábrica como en el de las iniciativas de dualidad de poder mencionadas más arriba. Los estudiantes en acción han escapado en su gran mayoría a los esfuerzos de canalización hacia vías reformistas; los trabajadores se han dejado canalizar una vez más en su mayoría. No hay que reprochárselo; la responsabilidad incumbe a los aparatos burocráticos que se han esforzado durante años en ahogar en su seno todo espíritu crítico, toda manifestación de oposición respecto a la orientación reformista y neorreformista, todo resto de democracia obrera. La

victoria degaullista de junio de 1968 es el precio que el movimiento obrero paga por esas relaciones todavía no trastornadas entre la vanguardia y la masa en el seno del proletariado francés.

Pero si mayo de 1968 ha permitido constatar una vez más la falta de una dirección revolucionaria adecuada y las consecuencias inevitables que derivan de ella para el éxito del auge revolucionario, la experiencia permite también entrever —por primera vez en Occidente desde hace treinta años— las dimensiones reales del problema y las vías hacia su solución. Lo que ha faltado en mayo de 1968 para que se realizara una primera brecha decisiva hacia la dualidad del poder —para que Francia tuviera, guardándose las debidas proporciones, su febrero de 1917— ha sido una organización revolucionaria no más numerosa en las empresas que lo que era ya en las universidades. En ese momento preciso y en esos lugares, núcleos reducidos de obreros, articulados, armados de un programa y un análisis político correctos y capaces de hacerse entender, habrían bastado para impedir la dispersión de los huelguistas, para imponer en las principales fábricas del país la ocupación en masa y la elección democrática de los comi-



tés de huelga. Esto no era, todavía la insurrección ni la toma del poder. Pero se había abierto una página decisiva en la historia de Francia y Europa. Todos los que creen que el socialismo es posible y necesario deben actuar de manera que lo sea la próxima vez.

V / *Participación,  
autogestión,  
control obrero*

Para conquistar el poder hace falta una vanguardia revolucionaria que haya convencido ya a la mayoría de los asalariados de la imposibilidad de ir al socialismo por la vía parlamentaria, que es ya capaz de movilizar a la mayoría del proletariado bajo su bandera. Si el PCF hubiera sido un partido revolucionario —es decir, si hubiera educado a los trabajadores en ese espíritu aun en los períodos en que la revolución no era la orden del día, aun en las fases contrarrevolucionarias, como dice Lenin—, entonces, en abstracto, esa toma del poder era posible en mayo de 1968. Pero entonces muchos supuestos habrían sido muy diferentes de la realidad de mayo de 1968.

Puesto que el PCF no es un partido revolucionario y puesto que ninguno de los grupos de vanguardia dispone todavía de una audiencia suficiente en la

clase obrera, mayo de 1968 no podía terminar en la toma del poder. Pero una huelga general con ocupación de fábricas puede y debe terminar en la conquista de reformas de estructura anticapitalistas, en la realización de reivindicaciones transitorias, es decir, en la creación de una dualidad de poder, de un poder de hecho de las masas, opuesto al poder legal del capital. Para la realización de una dualidad de poder no es indispensable un partido revolucionario de masa; basta un poderoso empuje espontáneo de los trabajadores, estimulado, enriquecido y parcialmente coordinado por una vanguardia revolucionaria organizada, todavía demasiado débil para disputar directamente la dirección del movimiento obrero a los aparatos tradicionales, pero ya bastante fuerte para desbordarla en la práctica.

Esta vanguardia organizada no es todavía un partido; es un partido en devenir, el núcleo del futuro partido. Y si los problemas de construcción de ese partido se sitúan, en bloque, en cuadros análogos a los esbozados por Lenin en "¿Qué hacer?", su solución debe enriquecerse por sesenta años de experiencia y por la incorporación de todas las particularidades que caracterizan hoy al proletariado; los estudiantes y las

otras capas explotadas de los países imperialistas.

Hay que tener en cuenta el hecho de que, históricamente, esta tentativa será la tercera —habiendo fracasado la de la SFID y el PCF— y que los fracasos del pasado inculcan a los trabajadores y a los estudiantes una desconfianza pronunciada y justificada— respecto a todas las tentativas de manipulación, de todo dogmatismo esquemático, de todo esfuerzo por *sustituir* los objetivos que las masas se dan a sí mismas por objetivos teleguidados. Es, por el contrario, la capacidad para apoyar y amplificar todo movimiento parcial por objetivos justos, para mostrarse el mejor organizador de todos esos combates parciales y sectoriales, lo que da al militante revolucionario (y a su organización) la autoridad necesaria para integrarlos en una acción anticapitalista de conjunto.

Se ha denunciado suficientemente el carácter mistificador del movimiento degaullista de la "participación" como para que tengamos que extendernos largamente a ese respecto. En tanto subsista la propiedad privada de los grandes medios de producción, la irregularidad de las inversiones provoca inevitablemente fluctuaciones cíclicas de la actividad económica, es decir, la desocupación. En tanto la pro-

ducción sea, en lo esencial, una producción para el lucro, su objetivo no será ante todo satisfacer las necesidades de los hombres, sino que se orientará hacia los sectores que reportan mayores ganancias (incluido el "manejo" de la demanda). En tanto que dentro de la empresa, el capitalista y su director conserven el derecho de mandar a los hombres y las máquinas —y desde De Gaulle a Couve de Murville todos los sostenedores del régimen han precisado bien que no piensan un solo instante en poner de nuevo en cuestión ese poder—, el trabajador permanecerá enajenado en el proceso de producción.

Sumando esas tres características del régimen capitalista se obtiene la imagen de una sociedad en la cual los rasgos fundamentales de la condición proletaria subsisten. La inseguridad de la existencia subsiste. La enajenación del productor subsiste, y la del consumidor crecerá. La venta de la fuerza de trabajo desembocará como antes en la aparición de una plusvalía y en la acumulación de un capital propiedad de otra clase distinta que la que la ha producido con su trabajo.<sup>22</sup> Una "participa-

<sup>22</sup> No insistamos en el carácter falaz de la "participación en los beneficios", variante degaullista del "capitalismo popular", caro a los capitalistas norteamericanos y germano-occidentales. Esa participa-

ción" en esos límites equivale en suma a una tentativa de acentuar la enajenación, de hacer perder a los trabajadores la conciencia de ser explotados sin suprimir la explotación en sí. Los proletarios tendrán derecho a ser consultados para saber cuántos de ellos serán despedidos. ¡Feliz el ave que participe en la selección de los procedimientos por los cuales será desplumada!

La desmistificación de las palabrías sobre la "participación" no basta, sin embargo. No por azar esa demagogia ha surgido en el momento de la crisis de mayo. La misma expresa, por parte del régimen, una toma de conciencia de la agudización de las contradicciones sociales en la Francia neocapitalista, un presentimiento de su carácter explosivo durante todo un período histórico. Si no, ¿cómo explicar que importantes fuerzas del gran capital se vean obligadas a utilizar argumentos de los que podían prescindir en 1936 y en 1944-1945? Hay un paralelo sorprendente entre la socialdemo-

ción no suprimiría la condición proletaria salvo si liberara al trabajador de la obligación económica en que se encuentra de vender su fuerza de trabajo, es decir, si le permitiera constituirse una fortuna que asegurara su subsistencia. Un "capitalismo" que llegara a ese resultado se negaría a sí mismo, pues ya no encontraría mano de obra que explotar en sus empresas.

cracia alemana que combate al grupo Espartaquista, los consejos de obreros y soldados, en enero de 1919, bajo el lema de "la socialización está en marcha", y De Gaulle tratando de poner un dique a la revolución que sube desde abajo con la insinuación de que se apresta a realizar una revolución desde arriba, con orden y tranquilidad se entiende.

La explosión de mayo ha planteado de golpe, ante toda la sociedad francesa, la cuestión social de nuestra época en los países imperialistas. ¿Quién mandará las máquinas? ¿Quién decidirá de las inversiones, de su orientación, de su localización? ¿Quién determinará el ritmo del trabajo? ¿Quién escogerá la gama de productos a fabricar? ¿Quién establecerá la prioridad en el empleo de los recursos productivos de que dispone la sociedad? Pese a la tentativa de reducir la huelga general a un problema de retribución de la fuerza de trabajo, la realidad económica y social obliga y obligará a todo el mundo a discutir el problema fundamental como Marx lo había formulado; no solamente aumentos de salario, sino supresión del asalariado.

Los socialistas revolucionarios no podrán sino alegrarse con esto. Este sesgo de los acontecimientos confirma lo que ellos proclaman desde hace años, a

saber: que la lógica de la economía neocapitalista y de las luchas de clases amplificadas desplazará cada vez más el centro de gravedad de los debates y la acción de los problemas de la distribución de la renta nacional hacia los problemas del mantenimiento o el derrocamiento de las estructuras capitalistas, en la empresa, en la economía y en toda la sociedad burguesa.

Durante la crisis de mayo el lema de "autogestión" ha sido lanzado desde diversos flancos. Como lemas de propaganda general no tiene nada nuevo que decir, a condición, es cierto, de que se remplace "autogestión de las empresas" por "autogestión de los trabajadores" y que se precise que ésta implica el advenimiento de una planificación democrático-centralista de las inversiones y algunas garantías suplementarias, pues si no el "productor desproletarizado" corre el riesgo de hallarse tan proletario como antes y quizá transformado en desocupado de la noche a la mañana.<sup>23</sup>

<sup>23</sup> El ejemplo yugoslavo demuestra que una autogestión limitada al nivel de la empresa y acompañada de un florecimiento excesivo de la economía de mercado, so pretexto de proteger al trabajador contra la "centralización" (como si la autoridad de su congreso nacional de consejos obreros —de soviets— sesionando permanentemente y respetando escrupulosamente la democracia obrera no pudiera servir de

Pero como objetivo inmediato de acción, fuera de las situaciones preinsurreccionales en que se plantea el derrocamiento inmediato del régimen capitalista, principalmente de la manera en que ese lema ha sido utilizado por los dirigentes de la CFDT, encierra una peligrosa confusión. La autogestión de los trabajadores presupone el derrocamiento del poder del capital en las empresas y en la sociedad desde el punto de vista del poder político. En tanto ese poder subsista, querer transferir el poder de decisión a los trabajadores fábrica por fábrica, (como si las decisiones estratégicas de la economía capitalista contemporánea fueran adoptadas en ese nivel y no en el de los bancos, los trusts, los monopolios y el Estado) no es solamente una utopía. Es también una utopía reaccionaria, pues tendería, si por ventura tuviera un comienzo de institucionalización, a transformar los colectivos obreros en cooperativas de producción, obligadas a sostener la competencia con las empresas capitalistas y someterse a las leyes de la economía capitalista y a los imperativos

instrumento de combate eficaz contra la burocracia) corre el riesgo de aumentar a la vez la desigualdad social, la fuerza de la burocracia y los sinsabores de los trabajadores (incluyendo los despidos y la desocupación masiva).

322 del lucro. Tendríamos, por un rodeo, el mismo resultado que busca la "participación" degaullista: quitar a los trabajadores la conciencia de ser explotados sin suprimir las causas esenciales de esa explotación.

La respuesta inmediata que los acontecimientos de mayo y el análisis socioeconómico del neocapitalismo sugieren, en cuanto al problema de los cuadros capitalistas de la empresa y la economía, no puede ser la de la "participación" (colaboración de clase abierta) ni la de la "autogestión" (integración indirecta en la economía capitalista), sino la del *control obrero*. El control obrero es para los trabajadores el equivalente exacto de lo que el rechazo total representa para los estudiantes.

El control obrero es la afirmación de la oposición por parte de los trabajadores a que el patrono disponga libremente de los medios de producción y de la fuerza de trabajo. La lucha por el control obrero es la lucha por un derecho de veto de los representantes libremente elegidos por los trabajadores y revocables en todo momento<sup>24</sup> sobre

<sup>24</sup> Varios comités de huelga —principalmente los de las Galerias Lafayette y los de las fábricas Rhone-Poulenc, en la región parisense, fueron elegidos bajo el régimen de revocabilidad de los miembros a voluntad de sus electores.

la contratación y los despidos, sobre las cadencias de las cadenas, sobre la introducción de nuevas fabricaciones, sobre el mantenimiento o la supresión de una fabricación dada y, evidentemente, sobre el cierre de las empresas. Es la negativa a discutir con el patrono o el gobierno en su conjunto acerca de la distribución de la renta nacional en tanto los trabajadores no tengan la posibilidad de descubrir la manera con que los capitalistas falsifican las cartas al hablar de los precios y las utilidades. Es, en otros términos, la apertura, para los trabajadores, de los libros de cuentas patronales y el cálculo de los verdaderos precios de fábrica y los verdaderos márgenes de beneficio. El control obrero no debe ser concebido como un esquema hecho que la vanguardia trata de aplicar al desarrollo real de la lucha de clases. La lucha por el control obrero —con la cual se identifica en una amplia medida la estrategia de las reformas de estructura anticapitalista, la lucha por el programa de transición— debe, al contrario, seguir todos los rodeos de las preocupaciones inmediatas de las masas, surgir y resurgir constantemente de la realidad cotidiana vivida por los trabajadores, las amas de casa, los estudiantes y los intelectuales revolucionarios.

¿El aumento de los salarios obtenidos en mayo de 1968 implica "necesariamente" un aumento de los precios de producción? ¿Hasta qué punto? ¿La subida de los precios al detalle resulta realmente de ese aumento de las remuneraciones?<sup>25</sup> ¿El patrono trata de "recuperar" las pérdidas causadas por las huelgas acelerando las cadencias, es decir, busca restablecer su tasa de utilidades con el acrecentamiento de la plusvalía relativa? ¿Quién ha sido responsable de la hemorragia de reservas monetarias sufrida por Francia en el espacio de unos días? No son en todo caso los trabajadores ni aun los "grupúsculos izquierdistas" que han transferido miles de millones de francos a Suiza y otras partes. A partir de tales cuestiones y de cuestiones análogas suscitadas por la realidad diaria, la agitación por el control obrero puede ser constantemente amplificáda, actualizada, perfeccionada.

El fin no es crear nuevas instituciones en el marco del régimen capitalista. El fin es elevar el nivel de conciencia de las ma-

<sup>25</sup> El economista norteamericano Galbraith, que no tiene nada de marxista, recuerda que los trusts norteamericanos de la siderurgia tienen la costumbre de diferir hasta el día siguiente de una huelga los aumentos de precio decididos a fin de poder endosar la responsabilidad de ellos a los "aumentos de salario excesivos".

sas, su combatividad, su capacidad para responder al canto a cada medida reaccionaria de la patronal, o el gobierno, rechazar, no con frases, sino con la acción, el funcionamiento del régimen capitalista. Así se afirmará la insolencia revolucionaria de las masas, su resolución de echar a un lado "el orden" y "la autoridad" capitalistas para crear un orden superior, el orden socialista de mañana, en el respeto más celoso a la democracia de los trabajadores. En la medida en que se generalice la lucha por el control obrero; en que se amplifique sin cesar la prueba de fuerza con la patronal y la conciencia revolucionaria de las masas que de ello resulta; en que surjan de todas partes organismos de dualidad de poder, el tránsito de la "ocupación pasiva" a la "ocupación activa", es decir, la reanudación de la marcha de la economía bajo la gestión misma de los trabajadores, adquiere un sentido no simbólico sino real, el peligro de "institucionalización" de fábricas autodirigidas en el marco del régimen capitalista desaparece y un congreso de comités electos por los trabajadores puede tomar en sus manos la organización económica del nuevo poder al mismo tiempo que encarna el nuevo poder en el plano político. Mayo de 1968 ha tenido el mérito histórico de

324 demostrar que la lucha por ese control obrero, el nacimiento de la dualidad de poder de las entrañas mismas de las contradicciones neocapitalistas y la iniciativa creadora de las masas son posibles y necesarios para toda la Europa capitalista.<sup>26</sup>

Una etapa ulterior verá su florecimiento, es decir, pondrá como orden del día el avance hacia el socialismo, hacia la desalienación del hombre. Esto no es más que el comienzo: el combate continúa.

(20 de julio de 1968)

---

<sup>26</sup> Nos falta espacio para tratar aquí las implicaciones y consecuencias de la explosión de mayo de 1968 en el plano internacional, europeo y extraeuropeo. Subrayemos, sin embargo, la unanimidad con que el capital internacional acudió en auxilio de De Gaulle durante las jornadas decisivas, pese a todos

sus diferendos con los anglosajones, y en contraste el espectáculo lamentable de la impotencia total del movimiento sindical y obrero oficial para organizar una sola acción de solidaridad con la huelga general, la más amplia que el Occidente haya visto desde hace décadas.







